

nido á parar el libre exámen protestante: á una fé que nada cree fuera de lo que se quiera creer cediendo á las ilusiones de un sentimentalismo sin regla, ó de un egoismo sin límites.

P. ¿Cuál es el origen de la fé?

R. «Nace, pues, la fé de la *intimidad* de la conciencia <sup>1</sup>.»

En este lugar la *intimidad* (*Intimigkeit*) no se refiere al mero sentimiento, sino á la conciencia. Esta es pues aquí el origen y lazo de unión entre el creyente y lo creído; y como la conciencia sea el conocimiento que el pensamiento tiene de sí mismo, y del sugeto que piensa, síguese claramente que en semejante *intimidad* el sugeto que cree, y la cosa creída todo es uno, y que la fé no es sino la forma del panegoismo que reina en las escuelas nacidas á la sombra del árbol de la ciencia plantado por Kant, padre común de los textos vivos, ciencia que como más adelante veremos, es la filosofía de la muerte.

P. Qué carácter tiene la fé?

<sup>1</sup> GONZÁLEZ SERRANO, *Lógica*, lug. cit.

R. «Es propiamente *personal*, declinando, cuando es *impuesta* y *autoritaria*, de su propio racional concepto y estrechándose en una fórmula cerrada la infinita esfera que comprende <sup>2</sup>.»

Tal es, en efecto, la fé del autor del criticismo germánico, pero no la fé verdadera, la humana ni la divina. «La fé,» en efecto, según Kant, «no da pues, en razón de sus principios *puramente subjetivos*, ninguna convicción capaz de ser comunicada á otro, ni prescribe asenso alguno universal, en lo que difiere de la convicción que resulta de la ciencia. *Yo solo* puedo estar cierto del valor y de la invariabilidad de mi fé práctica; y así mi fé en la verdad de una proposición, en la realidad de alguna cosa, es lo que con relación á mí *hace las veces de conocimiento*, aunque realmente no es conocimiento <sup>2</sup>.» Reducida pues la fé á puro sentimiento interior, ó persuasión subjetiva, y pudiendo por consiguiente creer cada cual lo que le dicte su interés ó su instinto privado, sin razón ó fundamento alguno en la verdad de

<sup>1</sup> GONZÁLEZ SERRANO, *Lógica*, lug. cit.

<sup>2</sup> *Lógica* de Kant, *introducción*, pág. 109.

las cosas, y aún sin conocerlas de ningún modo, sería pretensión exorbitante exigir el que tiene semejante fé, que los demás participen de ella: ¿qué razón podría en efecto ponerles delante de los ojos para inducirles á creer lo que él cree, cuando para sí quisiera tal razón, pues no tiene ninguna? Síguese también de aquí, que esa fé puramente *subjetiva* no puede ser *impuesta* por ninguna autoridad, porque la autoridad se ejerce según razón, fundando sus preceptos en la verdad, y en dicha fé la razón y la verdad brillan por su ausencia. Excusado es añadir, que aplicados estos conceptos á la religión, la fé religiosa se muestra aquí dividida en tantas sectas como las personas, ó mejor dicho, como el número de estados subjetivos de los respectivos creyentes multiplicados por el número de estos; sectas por supuesto todas ellas legítimas, todas justificadas por la lógica, todas con derecho á formar parte bajo la protección del Estado del concierto consiguiente á la libertad. ¡Qué caos! ¡qué horrible anarquía!—Dichosamente no es esa la verdadera fé, ni esa la lógica de la ciencia y del común sentir de los hombres. La fé es *assensio mentis propter testimonium dicentis*.

El valor del testimonio depende de la autoridad del que habla, ó sea de su capacidad y veracidad: de que no se haya engañado, y de que no quiera engañar. Esta autoridad resplandece en innumerables testimonios humanos, y en todos los divinos: la razón, pues, nos induce al asenso, el cual, como se ve, no es ciego, pues se funda en principios racionales; ni es subjetivo, porque estos principios consisten en la autoridad del que habla, digna ya de crédito cuando el testimonio es humano, y reúne las condiciones que pide la crítica, pero infinitamente más digna todavía de ser creída cuando procede de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos. No es, pues, la fé puramente subjetiva ni en razón de la verdad creída, ni de los motivos por que se la cree. La verdad creída es de suyo objetiva. *Roma existe, César venció á Pompeyo—el Verbo divino se hizo carne y habitó entre los hombres—la Iglesia fué fundada por Jesucristo en las personas de sus Apóstoles—en Dios hay unidad de esencia y trinidad de personas: ¿son estas verdades modos interiores del sujeto que se intima ó tiene conciencia de sí? En cuanto á los motivos, yo creo todas estas cosas, no porque me las dicte el instinto ni me*

las sugiera el interés, sino porque proceden, las primeras del testimonio de los hombres, que hacen autoridad en la materia, el cual consta en escrituras, monumentos y tradiciones; y las segundas porque al asentir á ellas descanso, 1.º, en la autoridad del mismo Dios; 2.º en los Profetas y Apóstoles, testigos infalibles de la divina revelación; y 3.º, en el magisterio infalible de la Iglesia, que por divina ordenación guarda incólume y expone á los fieles el tesoro de la revelación. Pues ahora se pregunta: estos testimonios y las verdades que refieren, ¿son principios puramente subjetivos? La fé que producen, ¿no es por ventura el asenso debido á la autoridad? ¿Carece la autoridad infinita de Dios del derecho de enseñar á los hombres descubriéndoles las verdades que necesitan saber para salvarse, y obligándoles á que las crean so pena de incurrir en las penas decretadas por la divina justicia contra los que menosprecian los oráculos del mismo Dios y de la Iglesia fundada por Él? ¿Y no podrá, ó mejor dicho, no debe quien tal tesoro posee de luz y de verdad, comunicarlo por amor á los que carecen de este divino don?

P. ¿Con que es decir, que rechazando como rechazais los motivos de credibilidad no admitís los misterios de la fé?

R. «(Las religiones) se nutren sólo *del milagro y de lo desconocido*... El movimiento de las ideas, el progreso de la ciencia es demasiado continuo y pujante para que las religiones no sufran su irresistible acción, *como las demás cosas é instituciones*... *El milagro ya no existe más que á lo lejos*, en el misterio y la oscuridad de los tiempos, *desapareciendo* desde el instante que á la ciencia y á la crítica *se las permite* ver la realidad de cerca. ¡Qué de misterios la ciencia tiene explicados, y cuántos ó todos ha de explicar! <sup>1</sup>.»

En esta horrible conclusión vienen á parar los que en nombre de la ciencia niegan las pruebas de la revelación divina. Porque no es sólo el milagro, como supone el Sr. Encinas, el único género de argumentos que evidencian la verdad del cristianismo: además del milagro tenemos las profecías, tenemos la sangre de los mártires, tenemos la santidad de la doctrina y de la Iglesia católica, y tantas otras y

<sup>1</sup> De la organización de la enseñanza en general, por D. SANTIAGO GONZÁLEZ ENCINAS, catedrático de la Facultad de Medicina de la Universidad Central. Madrid, 1871, pág. 98 y 99.

tan seguras señales de su divinidad, que solamente los ciegos voluntarios pueden dejar de verlas en medio de los pueblos cristianos. Pero aunque no hubiera más pruebas que los milagros, ¿le parecen al Sr. Encinas poco convincentes los hechos de oír los sordos, de ver los ciegos, de andar los paralíticos y resucitar los muertos? Cuanto á lo de *nutrirse el cristianismo de lo desconocido*, es esta una especie que parece mentira haya podido proferirla un catedrático de la Universidad central. Oiga el señor Encinas las palabras siguientes del vicario de Cristo, y díganos por su vida si la religión es enemiga de la luz: «No en vano adornó Dios la mente de los hombres con la luz de la razón, la cual lejos de ser extinguida ni disminuida por la luz sobreañadida de la fé, es antes perfeccionada por ella, y acrecentada su virtud, y hecha hábil para cosas mayores. Es pues muy conforme al orden establecido por la divina Providencia para convertir á los pueblos á la fé y la salud, *acudir á las ciencias humanas en busca de auxilio*: industria razonable y prudente, usada de los Padres más ilustres de la Iglesia, según consta de los antiguos monumentos. No fué á la verdad uno sólo, sino

muchos, y estos graves, *los oficios que solía hacer en ellos la razón*; los cuales compendió el grande Agustino diciendo que con esta ciencia es engendrada la fé tan saludable, y que por ella se *nutre*, se defiende y confirma <sup>1</sup>.» Vea, pues, el profesor de Medicina del antiguo colegio de San Carlos, que la religión no se *nutre de lo desconocido*, sino de la más sublime ciencia. Pero sigamos oyendo al vicario de Jesucristo: «Ciertas verdades entre las que son propuestas como objeto de fé por el mismo Dios, y ciertas otras estrechamente unidas con la doctrina de la fé, fueron conocidas de los mismos sabios gentiles, mediante la sola luz de la razón, y demostradas y defendidas por ellos con argumentos convincentes... Estas verdades, pues, exploradas hasta por los sabios del gentilismo, importa mucho que cedan en pró de la doctrina revelada, para que conste realmente que *la misma sabiduría humana y el mismo testimonio de los adversarios de la fé cristiana, le rinden homenaje* <sup>2</sup>.» Convenga pues el profesor universitario en que *la religión no se nutre*

<sup>1</sup> Véase la *Encíclica Aeterni Patris*.

<sup>2</sup> *Ibid.*

*de lo desconocido*, sino de verdades conocidas de la sana razón y exploradas hasta por los sabios del gentilismo, á que se añaden los misterios de la fé, verdades ocultas en sí mismas, pero conocidas del hombre merced á la divina revelación. «Fuera de aquellas cosas, dice el santo Concilio Vaticano, cuyo conocimiento puede alcanzar la razón natural, propónense á nuestra fé misterios escondidos en Dios, los cuales no pueden ser conocidos sino merced á la divina revelación. Por lo cual el Apostol, si bien dice que Dios es conocido de las naciones por las cosas que han sido hechas, pero hablando de la gracia y la verdad traída por Jesucristo <sup>1</sup>, pronuncia lo que sigue: «Predicamos la sabiduría de Dios en el misterio *de la Encarnación*, sabiduría recóndita, la cual predestinó y *preparó* Dios antes de los siglos para gloria nuestra, sabiduría que ninguno de los príncipes de este mundo ha entendido: á nosotros empero nos lo ha revelado Dios por medio de su espíritu: pues el espíritu de Dios todas las cosas penetra <sup>2</sup>. Y el mismo Unigé-

<sup>1</sup> San Juan, I, 17.

<sup>2</sup> Epístola primera á los de Corintio, II, 7, 9.

nito glorifica al Padre porque ha tenido encubiertas estas cosas á los sabios y prudentes *del siglo* y las ha revelado á los pequeñuelos <sup>1</sup>.» Vea, pues, el Sr. González Encinas, que hasta los misterios de la fé, después de la revelación divina de Nuestro Señor Jesucristo, son conocidos de la razón ilustrada sobrenaturalmente por Dios, la cual «cuando por ventura (sigue hablando el santo Concilio) investiga con piadosa diligencia y sobriedad, gracias á la liberalidad divina alcanza alguna inteligencia de los misterios, de mucho fruto por cierto, ya por la analogía que hay entre ellos y las cosas que nos son conocidas naturalmente, ya por la trabazón y armonía que aquellos tienen los unos con los otros y todos ellos con el fin último del hombre; aunque nunca llega la razón humana á conocerlos como conoce las verdades que forman su objeto propio. Porque de tal suerte sobrepujan los misterios divinos por su misma naturaleza al entendimiento criado, que áun despues de ser comunicado *su conocimiento* por la tradición y de ser admitidos por la fé, todavía permane-

<sup>1</sup> San Mateo, XI, 25.

cen cubiertos con el velo de la fé, y como envueltos en cierta oscuridad, etc. 1.» ¿Qué es, pues, lo desconocido de que se nutre la religión, según el Sr. Encinas? porque es visto que esta hija del cielo se nutre no sólo de la ciencia verdadera que cultiva la razón natural, sino también de los misterios escondidos en Dios, los cuales nos son conocidos por medio de la revelación, por más que este conocimiento, comunicado por tradición, sea imperfecto mientras peregrinemos á la patria, y no veamos á Dios claramente. Es de advertir que este conocimiento, imperfecto y todo como es, *maximam perfectionem animae confert*, perfecciona al alma sobre todos los demás conocimientos, dice Santo Tomás de Aquino 2, siendo sin comparación cosa más excelente, añade San Agustín 3, entender piadosamente algún poquito de Dios, que abarcar con vista universal y comprensiva todo el universo, *incomparabili felicitate praestantius Deum ex quantulacumque particula pia mente sentire, quam illa universa comprehendere*.

1 Constitución dogmática sobre la fé, cap. IV.

2 *Contra gentes*, lib. I, cap. 5.

3 *De genesi ad*, lib. I, 5.

No, la religión no se nutre de lo desconocido, sino del conocimiento de las verdades de nuestra fé, ora sean estas accesibles á la razón humana, ora sobrepujen su capacidad natural. Tampoco se nutre de milagros, como supone el Sr. Encinas. El milagro es una de las pruebas que hacen nuestra fé razonable, no el constitutivo intrínseco de la fé misma. El milagro conduce á la razón á creer, es decir, á nutrir el espíritu y el corazón con los dogmas que forman el símbolo de la Iglesia. Confunde, pues, el Sr. Encinas dos cosas que deben ser claramente distinguidas, conviene á saber, el objeto de la fé, y los criterios que certifican al hombre de haber hablado Dios, y enseñado las verdades que conducen á su salud eterna. Un ejemplo aclarará esta distinción. Las ciencias médicas nutren la mente del profesor de San Carlos (aunque en ella se mezcle con grandes dosis de veneno); mas ¿cómo prueba el señor Encinas que realmente las posee? Pruébalo con sus títulos académicos, con sus ejercicios de oposición, con las obras de sus manos y de su inteligencia científica. ¿Se dirá que estos signos son los principios de que se alimenta su saber?

Pretende el profesor de Madrid, que «las religiones sufran la acción irresistible de la ciencia como las demás cosas é instituciones,» considerándolas sujetas á la ley del progreso, que consiste en la inestabilidad y mudanza continua de las opiniones é intereses humanos: ó *evolución*, dice en otro lugar de su escrito, ó *revolución*; pero no advierte que bajo el nombre de *religiones* comprende á la religión verdadera, á que no es lícito aplicar lo que pueda decirse de las falsas, las cuales, como invenciones humanas que son, experimentan las vicisitudes consiguientes á todo lo que no procede de Dios, al revés de la religión verdadera, cuyas doctrinas y preceptos son inmutables como la verdad misma. Aun en el orden puramente científico, las verdades conquistadas por la razón permanecen siempre las mismas, invariables como las esencias de las cosas. ¿Qué sería de las ciencias si sus conceptos y principios fuesen de suyo mudables, de manera que hoy fuese error la verdad de ayer, y así alternada y sucesivamente en el trascurso de los tiempos? Pues dígase lo mismo con mayor razón de los dogmas del cristianismo. Precisamente el gran argumento que opuso Bos-

suet al protestantismo, fué decirle: *Tú varias, luego no eres la verdad*; y una de las glorias de la Iglesia es repetir hoy con idéntica fé el mismo símbolo de los Apóstoles, porque las verdades contenidas en él son enseñadas por Dios, que no se muda. Esta inmutabilidad de la religión católica, en medio y á pesar de tantos agentes de disolución y ruina como la vienen combatiendo en la prolongación de los tiempos, la tiene harto cerca de sí el Sr. Encinas, y en ella y en la admirable santidad y fecundidad de la Iglesia, debiera haber pensado antes de decir que el milagro ya no existe más que á lo lejos. Por ventura, ¿no se ha de creer sino lo que vemos con nuestros propios ojos? ¿el tiempo trascurrido después de los milagros evangélicos, les ha quitado acaso el sello del poder divino? ¿qué ciencia ni qué crítica son estas que pretenden destruir lo que no aciertan á ver nuestros sentidos, y explicar los misterios divinos, negándolos gratuitamente, sin duda porque no caben en la estrecha y oscura cavidad del cerebro? ¡Ah! esa ciencia y esa crítica presumidas é irreverentes, que así pretenden penetrar los secretos de la sabiduría de Dios, para negarlos y es-

carnecerlos so pretexto de explicarlos, ni es crítica ni ciencia, sino impiedad pura, engendradora y engendrada del ateísmo y del materialismo que pululan en nuestras escuelas oficiales.



## CAPÍTULO IV.

### SOBRE EL MÉTODO CIENTÍFICO.

*Pregunta.* ¿Cuál es el método que os parece debe seguir hoy el espíritu humano para llegarse á la ciencia?

*Respuesta.* «Las grandes contradicciones á que nos conduce la razón pura, las opuestas conclusiones que se deducen de principios abstractos diversos, al parecer igualmente verdaderos, y la imposibilidad de fijar de una manera evidente el punto de partida de donde hemos de obtener las conclusiones, nos inclinan á fijarnos en el sentido íntimo, que nos revela la existencia de nuestro sér y la del mundo exterior, y la correspondencia entre las relaciones de ambas existencias para la vida, afirma la necesidad de una causa creadora del movimiento universal y de la armonía del mundo, muestra la evolución del pensamiento para comprender los complicados fenómenos de la vida física é intelectual, reconoce la libertad de nuestras acciones para el ejercicio de la voluntad, y